

SOBRE LA CRÍTICA LITERARIA EN COLOMBIA

SOBRE A CRÍTICA LITERÁRIA NA COLÔMBIA

Pablo Montoya¹

RESUMEN: A partir de Baldomero Sanín Cano el texto plantea las dificultades de la crítica literaria en Colombia, un país cuya literatura rara vez alcanza la excelencia y donde el público lector es escaso. Este autor y Rafael Gutiérrez Girardot son los responsables de la crítica madura en un país en el que la religión y el periodismo mostraron pretensiones no acordes con la calidad. El reclamo de una crítica académica con un buen nivel corre a la par de la necesidad de profesionalización del escritor, que encontró un ejemplo notorio en Colombia con Gabriel García Márquez.

Palabras clave: Crítica colombiana; profesionalización del escritor; Baldomero Sanín Cano; Rafael Gutiérrez Girardot.

RESUMO: Baseado em Baldomero Sanín Cano, o texto levanta as dificuldades da crítica literária na Colômbia, país cuja literatura raramente atinge a excelência e onde o público leitor é escasso. Este autor e Rafael Gutiérrez Girardot são responsáveis por uma crítica madura em um país em que a religião e o jornalismo apresentavam pretensões não condizentes com a qualidade. A demanda por uma crítica acadêmica de bom nível acompanha a necessidade de profissionalização do escritor, que encontrou um exemplo notório na Colômbia com Gabriel García Márquez.

Palavras-chave: Crítica colombiana; profissionalização do escritor; Baldomero Sanín Cano; Rafael Gutiérrez Girardot.

1

Hacia mediados del siglo XX, Baldomero Sanín Cano hizo un pronóstico inquietante: en Colombia no existía crítica literaria. En breves explicaciones, el ensayista ponía en su sitio las pretensiones de muchos escritores de diversa índole. Todos ellos sospechaban –en realidad, algunos estaban convencidos de ello– que eran críticos literarios en un país cuya literatura apenas alcanzaba los honores de ser menor. Sanín Cano constataba, en el artículo “El ocaso de

¹ Doctor en Estudios Hispánicos y Latinoamericanos de la Universidad de la Nueva Sorbona París 3. Profesor de Literatura en la Universidad de Antioquia-Medellín, Colombia.

la crítica”, y apoyándose en lo que sucedió en la Francia y la Inglaterra decimonónicas, que una portentosa crítica literaria no tiene por qué surgir al lado de una portentosa narrativa o de una portentosa poesía. La crítica, concluía, se presenta por lo general años después y en pequeñas cantidades. Es posible que esto sea cierto. Sin embargo, en el caso de la historia literaria colombiana habría que plantearse la cuestión de otro modo: ¿cómo puede haber crítica literaria, digamos sólida y madura, en un país dueño de una literatura que raras veces alcanza los niveles de la excelencia? Y más todavía: ¿cómo puede desarrollarse favorablemente este tipo de crítica en un medio social que ha sido siempre reacio o indiferente a la práctica de la lectura?

Baldomero Sanín Cano enseñó a ver en medio de demasiados fuegos de artificio. Y esto lo practicó sin rencor ni prepotencia y manifestando un inteligente sentido de las proporciones. Tales son algunos de los atributos de su obra crítica. En su libro *Letras colombianas* (1944), por ejemplo, llama la atención sobre lo que posee un valor estético en ese montón de nombres forjadores del panteón literario nacional, que va desde la Colonia hasta el modernismo. Es verdad que *Letras colombianas* presenta un estudio cronológico que hoy podría suscitar reservas y que lo que interesa allí es la visión sobre cada autor estudiado y no la de conjunto, que es irregular. Es verdad también que *Letras colombianas* está a veces moldeado por nociones patrióticas y por la retórica de un estilo ceremonioso muy de su época, matices que han terminado por marchitar varios de sus pasajes. Con todo, no se puede desconocer que Sanín Cano da allí una lección de sensatez intelectual y de claridad conceptual. Vale la pena señalar, en este sentido, que el rumbo de Sanín Cano en *Letras colombianas* lo retoma casi medio siglo después R. H. Moreno-Durán en *Denominación de origen—Momentos de la literatura colombiana* (1998). Ambos textos se conectan en el tratamiento de los autores y sus obras desde una perspectiva cronológica y en el ánimo de establecer mojones necesarios en el panorama de nuestra literatura. Ambos autores usan un lenguaje mesurado y lúcido en la alabanza y la demolición. Ambos libros sobresalen por la calidad de algunos de los ensayos dedicados a ciertos autores o tendencias (en *Letras colombianas* los capítulos dedicados al modernismo, en *Denominación de origen* los apartes donde se analizan *María*, *La vorágine* o *Cien años de soledad*), y decaen un poco cuando evaluamos su visión panorámica.

Sanín Cano es, sin duda, el primer ejemplo de la crítica literaria en Colombia desligada de la pretensión política, filológica y religiosa. No solo inaugura, al decir de David Jiménez, la crítica moderna en nuestro país, sino que además se clarifican con él los contornos de lo que se supone fue nuestro panorama crítico desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX. En su defensa de una crítica preocupada por el ámbito estético, y abierta a las grandes transformaciones del mundo secular, Sanín Cano es no solo un pilar, sino un fanal. Por esta razón el homenaje que Rafael Gutiérrez Girardot le hace en su estudio sobre la literatura colombiana de la primera mitad del siglo XX, es merecido. Homenaje que antes, en los años 50, la revista *Mito* hizo igualmente suyo. La obra de Baldomero Sanín Cano, dice Gutiérrez, parece escrita en una época posterior. Contemporáneo de espíritus enciclopédicos pero abstrusos como el de Luis López de Mesa y de sensibilidades museísticas como la de Guillermo Valencia, Sanín Cano se distancia de la parafernalia literaria de una época sombría. Parafernalia que estuvo orientada por la figura de Miguel Antonio Caro. Por fortuna, para la historia de la crítica literaria en Colombia, en la batalla entre Sanín Cano y Caro ganó la laicidad tolerante sobre la energúmena religiosidad, la cultura cosmopolita sobre la capilla hispánica, la cínica sonrisa de Montaigne cultivada por Sanín Cano sobre el gesto atrabiliario y amedrentador de un católico ultramontano como lo fue Caro. Recuérdese lo que escribía Sanín Cano en 1934: “Es una miseria intelectual esta a que nos condenan los que suponen que los suramericanos tenemos que vivir exclusivamente de España en materias de filosofía y letras”. Y vale la pena preguntarse

ahora, en esta época en que, por fin, están cayendo en Colombia estatuas hegemónicas de los representantes de ese hispanismo agresivo y expoliador y surgen nuevas revisiones de la historia, cómo ponderar una figura como la de Miguel Antonio Caro que creía que la inspiración que animó a Virgilio para escribir la *Eneida* estaba penetrada por un espíritu precristiano; que consideraba un yerro tomar el *Quijote* como narración novelesca, y que miraba con desdén la novela porque esta le parecía el más peligroso enemigo del clasicismo católico y la abanderada de la corrupción moderna.

Baldomero Sanín Cano y Rafael Gutiérrez Girardot serían entonces quienes modelaron los contornos de lo que, a mí juicio, es la más madura crítica literaria en Colombia durante el siglo XX. Son dos nombres suficientes para que el balance de este horizonte reflexivo de las letras no sea del todo infecundo. Ambos señalan un inicio y una evolución contundentes. Aquel en que la crítica asume las formas del ensayo. El primero lo hace desde el cultivo de un espíritu autodidacta que siempre merecerá, aun en los tiempos de la academia especializada, el elogio y el respeto. Porque la visión de Baldomero se apoya en la aguda intuición, esencial para quien señala los aciertos y equívocos, las elevaciones y caídas que se presentan en las cartografías literarias. Y su vasta curiosidad, así como la práctica de una existencia viajera, son aspectos que le ayudaron a educar una sensibilidad y una inteligencia distantes de la mediocridad intelectual. La presencia de Rafael Gutiérrez Girardot, a su vez, acentúa el perfil del crítico y lo profundiza. Y esto gracias al rigor de una formación académica de la que el profesor de Bonn hace gala. Son estos nombres, por lo demás, los que permiten afirmar que en Colombia respiran la sensatez, la transparencia y la independencia en el oficio de escribir sobre libros, escritores y lectores. Independencia que se mide porque ambos desconocieron, entre otras cosas, el amiguismo, las prebendas políticas y estuvieron siempre prevenidos ante los espejismos de los éxitos comerciales de la literatura. Ahora bien, he mencionado a Sanín Cano y a Gutiérrez Girardot para tratar de hermanar la crítica literaria con la académica. Pero este horizonte podría ampliarse con otros nombres que ciertamente han marcado el derrotero de la mejor crítica literaria colombiana: Hernando Téllez, Hernando Valencia Goelkel, Fernando Charry Lara, Rafael Moreno Durán, Carlos Rincón y David Jiménez, entre otros.

El panorama ahora se ha explayado si lo comparamos con el del siglo XX. Ha habido un crecimiento del campo literario en Colombia y esto ha favorecido, sin duda, a la crítica literaria. Las universidades, por ejemplo, poseen pregrados, maestrías y doctorados en literatura y estos programas tienen sus respectivas revistas donde la crítica respira. La circulación del libro a través de la presencia de las grandes y pequeñas editoriales es en cierta medida vigorosa. Las ferias y fiestas del libro se han propagado por una buena parte de las ciudades colombianas. Todo esto ha repercutido en un ligero crecimiento en los índices de lectura en poblaciones antes ajenas a la literatura, en una proliferación de diferentes espacios virtuales donde se publican textos interesantes. Pero es necesario precisar también que a la crítica no le han correspondido los espacios que otros géneros literarios han tenido. Las grandes editoriales, en general, la miran con desdén porque, inobjetablemente, no favorece las ventas. Al lado de la novela y la crónica periodística, que son los formatos más visibles en nuestros días, la interpretación crítica debe levantar los hombros con altivez, volver a su habitáculo libresco y continuar cultivando el honroso retiro, la reserva exquisita y el humor escéptico que le han caracterizado desde los días en que Montaigne, recluido en su castillo, escribió sus *Ensayos*. Por otro lado, la prensa periodística colombiana ha decidido expulsar el ejercicio de la crítica literaria de sus publicaciones culturales. Y si hay algo ahora (los suplementos de Bogotá, Cali, Medellín, Barranquilla, Manizales y Cartagena) es de una triste limitación. La debacle económica del neoliberalismo, se sabe, ha tocado a los diarios del país justificando de algún modo esta desaparición desafortunada. Y acaso sea esta una justificación válida, pero también obedece a

que las meditaciones literarias poco interesan a sus nuevas directivas que están convencidas de que tampoco motivan al público actual. Y para terminar de hacer este balance de los diarios, que fueron durante años los depositarios de una de las manifestaciones de la crítica en América Latina, en Colombia hay unos cuantos columnistas que se dedican en sus opiniones semanales a escribir sobre literatura. Pero muchos de esos textos nacen de las imposiciones de las grandes editoriales y del entusiasmo fraternal porque en Colombia sigue presentándose lo que Borges decía de la crítica literaria en Argentina: ella no es más que una de las maneras sospechosas de la amistad.

La reseña es una de las formas breves y acaso más felices de la crítica literaria. Ella ocupó páginas memorables en las revistas colombianas culturales más importantes del siglo XX, tales como *Voces* (Barranquilla, 1917-1920), *Revista de las Indias* (Bogotá, 1938-1950), *Crítica* (Bogotá, 1948-1951), *Mito* (Bogotá, 1955-1962), *Eco* (1960-1984), *Letras Nacionales* (Bogotá, 1965-1985) y *Número* (Bogotá, 1993-2011). Y hoy en día sigue teniendo su espacio vital en el *Boletín bibliográfico del Banco de la República* (Bogotá, 1958), la revista *El Malpensante* (Bogotá, 1996) y la *Revista Universidad de Antioquia* (Medellín, 1935). Y es aquí cuando se hace necesario referirse a los espacios académicos. En ellos se presenta, por un lado, una serie de textos cargados de un lenguaje que pareciera satisfacer la curiosidad de los mismos académicos. El artículo universitario colombiano, y ahora con las burocráticas fórmulas de la “indexación”, se preocupa excesivamente por llenar los requisitos de Colciencias (una institución lúgubrementemente estatal y paquidérmica) y no logra convertirse en lo que debería ser: un trabajo apoyado en el rigor que desentrañe esencias, despeje tinieblas y señale nuevos caminos interpretativos. Ese texto afianzado en el cultivo de una escritura que sea capaz de suscitar no solo la emoción intelectual, sino el entusiasmo propio del rigor investigativo. Ya Edward Said, uno de los últimos exponentes de la mejor crítica académica, previno frente a esta exacerbación de la jerga filológica, de corte ya sea estructuralista, psicoanalista o posmoderno. Autopsias interpretativas con bozales, señala Said, que dejan al lector como varado en un limbo gramatical más o menos sofisticado.

Sin embargo, no quiero ser un emisario de aquella idea que considera que, desde la academia, no es posible arribar a las excelencias del análisis y la crítica literarios. No ignoro que sigue ondeando un cierto autodidactismo que rinde pleitesía a la divisa de Rubén Darío: el que no comprende la poesía (léase la literatura) es el burgués, el burócrata, el profesor, el político y el académico. En realidad, pienso que es en el campo de la academia, ese lugar de la interdisciplinariedad y el debate, donde debería surgir la más pujante crítica literaria del país. De hecho, hay paradigmas que podrían demostrarlo. Mírese, por ejemplo, la obra crítica de David Jiménez, en especial su *Historia de la crítica literaria en Colombia* (1992) y *Poesía y canon* (2002), o la recopilación de ensayos sobre historia y vida intelectual de Juan Guillermo Gómez, *Colombia es una cosa impenetrable* (2006), o el libro de Oscar Rincón *Avatares de la memoria cultural en Colombia, formas simbólicas del Estado, museos y canon literario* (2015), y comprenderemos con claridad lo que pretenden estos críticos al unir rigor erudito y estilo de escritura del todo ajeno a los tecnicismos y la barbarie idiomática que proliferan, según George Steiner, en los ámbitos académicos.

2

Convengamos en que por el ensayo se hace adulta una literatura. Con todo, es un acto

de encandilamiento pueril el atribuir a la literatura colombiana, y más exactamente a la antioqueña, cierta altura como para generar un ensayo que sea la prueba más fehaciente de tal elevamiento. A este respecto, Jaime Jaramillo Escobar, en su antología sobre ensayistas antioqueños, muestra un hallazgo que goza de un cierto trazo de desmesura. En su pesquisa confiesa haber encontrado por lo menos 150 ensayistas en esta región, una de las más proliferas del país letrado. De esta cantidad, más propia de la realidad mágica que de la literaria, a Jaramillo Escobar le fue posible, por razones más de espacio que de calidad, seleccionar apenas cuarenta. Las cifras, por supuesto, apuntan a un entusiasmo de tipo regional. Pero son estos extremos, que continúan palpitanes –ya que la historia de la literatura es también el espacio de lo exagerado–, los que permitirían considerar que aún se respira esa provincia de viñeta de la cual Gutiérrez Girardot desenmascaró sus trivialidades trajeadas de grandeza en su ensayo sobre la literatura colombiana del siglo XX. Como contraposición a esta abundancia de Jaramillo Escobar, David Jiménez propone en su *Historia de la crítica literaria en Colombia* un inventario de nombres no solo sobrio sino indispensable. En lugar de propiciar el equívoco como lo hace el antólogo nadaísta, Jiménez selecciona los nombres cruciales. Y lo hace después de haber transitado un horizonte aún más abigarrado y complejo que el recorrido por Jaramillo Escobar. Con esta labor Jiménez cumple, por lo tanto, con una de las tareas propias del crítico literario: ubicar al lector exigente en medio de lo que es profusión de expresiones, opiniones e interpretaciones. Él mismo lo dice al inicio de la *Historia de la crítica literaria en Colombia*: “Es al crítico a quien corresponde introducir un cierto orden dentro de la literatura: establecer secuencias de escritores y obras, componer familias intelectuales, señalar las tendencias comunes y los caminos dispares”.

Acudir a la cantidad, en cuestiones de literatura, no es recomendable a la hora establecer balances. Pero el criterio de la cantidad es lo que, por desgracia, suele acompañar las valoraciones de nuestra literatura nacional. Y más ahora cuando se asiste a una multiplicación de escritores y de obras. Colombia posee, según algunos fanáticos de la comparación, una exuberancia de climas, una diversidad de fauna y flora y una profusión de recursos naturales que debería reflejarse en sus letras. Hoy aparecen, por ejemplo, con mayor frecuencia los resultados de las investigaciones literarias de las regiones del país. Y así como Jaramillo Escobar encontró esa numerosa “pléyade” de ensayistas en Antioquia, en Santander, en Boyacá, en el Valle del Cauca y en la región del Atlántico, aparecen también listas extensas de escritores que el tiempo había olvidado mercedamente y que ahora, gracias a las valoraciones de los arqueólogos de la literatura, aparecen cubiertos de excesivos ditirambos. De tal modo que el que había sido valorado en función de su inacabada o malograda obra literaria por las generaciones que lo siguieron, aparece ahora rotulado como importante escritor. No pretendo afirmar, sin embargo, que esos balances exhaustivos de antaño no sean indispensables para la investigación académica. Es necesario que para la conservación de una memoria más o menos minuciosa del pasado deba sondearse todo. Aunque también lo es que, a la hora de los inventarios cualitativos, el criterio de la excelencia estética debe predominar. Sé que este planteamiento es polémico. Algunos creen que el juicio de valor pertenece a la historia premoderna de la literatura. Pero en expresiones más contemporáneas de la crítica y sus relaciones con el psicoanálisis, la lingüística y el marxismo, como dice Ricardo Piglia, el juicio de valor no es que haya sido expulsado, sino que se presenta implícitamente.

Ahora bien, en la Colombia de hoy se escribe y se publica mucho. Si alguien se detuviera en este paisaje, declararía que hay una gran movilidad, una impresionante agitación, una nunca antes vista productividad que se expresa en formas variadas. Tal realidad, que entusiasma a muchos, propicia igualmente el interrogante sobre si se está haciendo una literatura de calidades excelentes. Es claro que las publicidades del comercio editorial siempre

están a la búsqueda no del más exigente lector, sino de los bolsillos de los desavisados. Y por ello es deber del crítico sospechar de tanto populismo literario. Y preguntarse si, de veras, estamos ante la presencia de una gran literatura o si, como lo sospechaba Julien Gracq frente a su tiempo, lo que hay no es más que un montón de libros escritos y publicados para la labor estomacal. En esta dirección, suelo preguntarme, y sé que esa pregunta para muchos es ociosa e inútil, si la literatura colombiana merece ser considerada como mayor. Y me lo pregunto, sobre todo, cuando me doy cuenta de que nuestro romanticismo, nuestro modernismo, nuestro vanguardismo, nuestra abigarrada contemporaneidad sólo ha producido casos aislados de lograda madurez. No quiero dar nombres aquí para no fatigar estas líneas con enumeraciones y porque algunos de ustedes ya los tienen en sus mentes. Lo que veo, en todo caso, en la literatura colombiana en un poco más de dos siglos es una sugestiva e interesante dispersión: oteros, valles, explanadas, lagos que se levantan y extienden aquí y allá.

Quisiera recalcar que de ningún modo pretendo enarbolar verdades en estas consideraciones sobre la crítica literaria en Colombia. Más bien me acojo al consejo de Baldomero Sanín y trato de comprender un fenómeno desde mi atalaya de profesor y escritor. No soy de los que creen que resulte imposible conformar una gran literatura. Aunque tampoco caigo maravillado ante el espejismo mediático que hoy pretende arrojarnos frente a ella. Me parece, en todo caso, que hay ciertos factores dignos de tener en cuenta a la hora de analizar desde el campo de la crítica la situación actual de nuestra literatura. En primer lugar, está el asunto de la profesionalización del escritor. En Colombia, la presencia de García Márquez contribuyó a que entre nosotros se hubiese fortalecido favorablemente esta condición. Algo que, en tiempos de Baldomero Sanín Cano, por ejemplo, era difícil de encontrar. Pero junto a esta profesionalización del oficio, hay una atmósfera enrarecida en donde se asfixia, por un lado, la literatura y, por el otro, la reflexión crítica sobre ella. Ante la ausencia de una masa lectora más o menos atildada en Colombia, aparecen muchos lectores en quienes se ha dado un gusto literario que estimula la sospecha del crítico. Aquellos, en general, buscan solo la literatura ofrecida por los grandes consorcios editoriales. De tal manera que el objetivo de la globalización de la literatura o su aparente democratización, a la cual se refieren algunos estadistas del optimismo, se ha cumplido a cabalidad: lograr que más gente lea, pero que lea literatura banal. Es mejor esta alternativa que la del completo analfabetismo, alegan los sociólogos de la recepción, pasando por alto las consecuencias que deja este fenómeno. Porque hablar de democratización en este caso es referirse a una posible cretinización de la lectura. Un fenómeno así, por supuesto, no es nuevo. Ya desde los tiempos de las novelas por entregas, en la Francia de la monarquía romántica, los grandes capitalistas de la edición se habían propuesto hacer de la lectura y la escritura un espacio más apto para la diversión que para la reflexión. Por fortuna no todo terminó allí, porque el arte es también el camino de la ardua resistencia, y pese a la sobresaturación de novelas mediocres que los lectores pedían con fervor, surgieron Stendhal, Balzac, Victor Hugo y Flaubert. Y surgió, por supuesto, Baudelaire que es de donde inicia, me atrevo a pensar, el poderoso, aunque sigiloso cauce de la crítica moderna.

El Retiro, mayo de 2021

Recebido em: 02/04/2022

Aceito em: 17/05/2022